
Etnología

Universidad y diversidad de la América indígena

FERNANDO MARQUEZ MIRANDA

NACIÓ EN LA CAPITAL Federal en 1897 e hizo sus estudios secundarios en La Plata, en cuya Universidad se graduó de abogado y de profesor de historia. Más tarde, el prof. Fernando Márquez Miranda se doctoró en la Universidad Central de Madrid. Fue decano de la facultad de Humanidades en 1944. Intervenida la Universidad, en 1946, fué separado de sus cátedras, a las que regresó en octubre de 1955. Es doctor "honoris causa" de la universidad de San Marcos (Lima). Este año fué designado miembro de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Es profesor interino de arqueología de la facultad de Ciencias Naturales de La Plata. Obras principales: Los aborígenes de la América del Sur (seis ediciones), Los diaguitas (1942), Ameghino (1951), Región meridional de América del Sur (1954), etc. Dictó en Madrid un cursillo de arqueología americana y conferencias de su especialidad en Roma, París, Lima, Santiago y La Paz.

UNIVERSIDAD o diversidad de América indígena es uno de esos vastos problemas cuyo mero planteamiento requiere la movilización de muchos subtemas, engendradores de una amplia bibliografía. Ya sea que pretendamos una simplificación acelerada o que transemos por una mera aproximación a soluciones aún inencontrables, lo cierto es que de saber si hemos de considerar nuestro Continente, en una edad primigenia, como receptáculo humano, adscrito a la unidad o tendido hacia la diversidad, han de depender muchas respuestas. De ahí que sea urgente razonar el problema desde muchos de sus variados ángulos.

En primer término, ¿existe el "hombre americano"? ¿No es una mera entelequia, un *flatus voci*, como se decía en la época de Bacon? ¿Tiene verdadera corporeidad o es, apenas, la sombra de una sombra? Todos los antiguos antropólogos repiten el concepto, al realizar sus cambiantes definiciones y enumeraciones de las razas. Frente a la raza negra,

o a la blanca, o a la amarilla, nos hablan de la raza “roja”, cobriza o americana, y desde ese momento incorporan al “hombre americano” a esa estática galería de entes de razón que puebla a nuestra primitiva literatura antropológica.

Pero, ¿es que de verdad existe el tal “hombre americano”? La pregunta corre el peligro de parecer extravagante cuando se piensa en los millones de seres que poblaban a América en el momento del Descubrimiento. Mas, ¿cómo había llegado esa gente, o sus antepasados, a poblar las tres Américas? He aquí otro de los obsesivos y neurálgicos problemas de que están poblados los primeros pasos de la americanística. En efecto, ya desde los primeros tiempos de la Conquista, los cronistas echaron a volar sus fantasías para explicarnos lo que era para ellos inexplicable... y por lo tanto sospechoso.

De ello surgieron toda suerte de pintorescas tesis, en las que no cabría entrar ahora, pero que tampoco podemos dejar totalmente de lado sin, siquiera, una mención o un recuerdo. Entre ellas, no olvidemos a las de Fray Gregorio García, sobre viajes de descubrimiento de los judíos en América, tan aprobada y seguida en 1650 por Mannasseh ben Israel y luego por Spizelius en 1661 y por Andrés Rocha, destacado oidor de la Audiencia de Lima, quien en 1681 —veinte años después— postulaba teorías similares.

Las “pruebas” eran, a veces, harto sospechosas, con más de ingeniosidad conceptista que de razonamiento crítico. En ese sentido, por ejemplo, es típica la aproximación del Pirú americano al Ophir (interpretado como la India oriental) por mera transposición glotológica de sus fonemas toponímicos. Pero lo malo no es que los eruditos de la época colonial, deslumbrados por el espectáculo feérico del Nuevo Mundo y de sus maravillas le buscaran un origen imposible —y en este aspecto nada más divertidamente desatinado que la opinión de los referidos García y Rocha, que creían que los más primitivos habitantes de América eran... ¡los propios españoles!— sino que tales ingenuas escapadas fueron tomadas muy en serio por los estudiosos de épocas más recientes y que, casi hasta nuestros días, tema de tanta substancia como el del primitivo poblamiento de nuestro Continente suele caer en manos de desaprensivos razonadores que repiten, generalmente sin saberlo, los dislates ya definitivamente juzgados por imposibles. A mi entender, es perfectamente justificable que ese famoso

ETNOLOGÍA

polígrafo colonial que fué León Pinelo sostuviese que el Paraíso Terrenal estuvo situado en América, pero me parece mucho menos instructivo que Onfroy de Thoron lo siguiese sosteniendo en fecha tan tardía como 1869.

No queríamos naufragar en el océano de las similitudes fonéticas, en las que la experiencia bibliográfica ha demostrado cuan fácil es creer que se puede demostrarlo todo. Nosotros tenemos a ese respecto el antecedente, poco recomendable, de las divagaciones en que, desgraciadamente, incurrió un espíritu tan fino y un estudioso tan culto como lo fué en su hora Vicente Fidel López —el “hermano del himno”, como solía llamarse a sí mismo aludiendo a que su padre era el autor de nuestra marcha patriótica— quién allá por 1871 creyó descubrir, sobre la base de comparaciones fonéticas el origen ario de los habitantes primitivos del Perú... Eran errores explicables por ser errores del tiempo en que nuestro estudioso floreció. Epoca en que Reville postulaba en París, en 1885, las relaciones entre griegos y americanos vinculando *teocalli* —templo, en azteca— con *theokalias*, casita en griego. Mucho menos explicable era que —¡en 1925!— Soto Hall sostuviese que los egipcios eran mayas... Este trabajo de enumeración y crítica sería inacabable y, además, está parcialmente hecho. Ya en 1935 el ilustre profesor Pericot, actual decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Barcelona, gastó las casi cien páginas del nutrido capítulo III de su copioso libro LA AMÉRICA INDÍGENA en desmenuzar todo ese anaquel de errores. Y si ya en su tiempo aquello tenía sólo un interés histórico y era casi, como dicen los franceses, un “enfoncez des portes ouvertes”, piénsese qué deberíamos decir ahora si recayésemos en tal tarea...

Mucho más interesante es preguntarse quienes son, en el concepto contemporáneo, los primitivos pobladores de América. De la balumba de escritores que han atisbado el tema desde diversos enfoques vamos a enunciar, solamente, aquellos que han resumido críticamente posiciones que constituyen teorías netas, vivas en el presente. En tal sentido, la primera, la más sólidamente respaldada por pruebas indiscutibles, basadas en la geografía, la antropología física, la etnología y la lingüística, es aquélla que tiene por adalid al antropólogo Hrdlicka. Esta teoría postula que toda América ha sido poblada mediante una sola y única gran puerta de entrada en el Nuevo Mundo:

la del Estrecho de Behring y las islas Aleutinas, suspendidas como un collar entre la porción más oriental del norte de Asia y Alaska. Tal camino, el más visible, pues por allí ambos Continentes casi se tocan, sería aún más hacedero si se piensa que las oleadas de invasión humana del Viejo Mundo al Nuevo se habrían producido durante el período de las grandes glaciaciones, es decir cuando la travesía podía hacerse a pie enjuto a través del Estrecho, merced al avance de los hielos ocurrido durante el Cuaternario.

¿Quiénes serían esos invasores? Ya en 1914 el antropólogo inglés Sollas —basándose en el examen comparativo de los restos del hombre tipo de Chancelade, que habitó las cavernas de Francia durante el comienzo de la época glacial y que luego parece desaparecer de Europa a medida que el cambio climático se acentúa, al atenuarse los fríos y acercarse el gran cambio Neolítico— sugirió que esa modificación del medio ambiente habría obligado a las grandes bandas de renos y de otros animales de habitats fríos a huir hacia el nordeste, en busca de los pastajes y condiciones de vida a que estaban acostumbrados y que esto habría obligado al hombre a seguirlos. De esta manera, siempre tras los rebaños que eran condición de su vida, el hombre tipo de Chancelade, cazador y recolector, habría cubierto grandes distancias en el curso de muchas generaciones, habría cruzado la Europa central y oriental, penetrando en las estepas asiáticas en su marcha oblicua y se habría ido acercando, sesgadamente, al extremo nordoriental del Continente asiático, hasta alcanzar las vecindades del círculo boreal y de Alaska.

En efecto, existe en la actualidad un pueblo que se ajusta a las condiciones primarias de los viejos Chancelade del Paleolítico. Como ellos son dolicocefalos, con características craneanas primitivas, como la cresta sagital. Como ellos tienen una talla relativamente baja. Como ellos no han superado la organización clánica, ancestral, mantienen relaciones sociales tocadas en ciertos aspectos por un primitivismo comunista; son solamente cazadores, pescadores y recolectores, y hasta conservan el gran cuchillo de hueso y la capacidad decorativa de su instrumental que ya caracterizaban a sus choznos en el Mediodía de Francia, hace varias decenas de siglos. Se trata —nada menos— que de los esquimales, tan magníficamente estudiados por Birket-Smith y por la escuela de etnógrafos nórdicos que éste preside con su gran-

ETNOLOGÍA

de experiencia. Naturalmente a tales gentes el Estrecho de Behring (quizá poco advertible entonces por las condiciones ambientales ya dichas) no pudo contenerles. Buena parte de los esquimales pasaron al otro lado y hoy están desparramados por Alaska. Pero los estudios de un antiguo de la Universidad de Moscú, Waldemar Borogas, han demostrado, desde hace algo más de treinta años, que la estructura idiomática de los esquimales americanos es idéntica a la de los asiáticos y que, al menos en su aspecto lingüístico, todos esos grupos pertenecen a un mismo *etno*. Vemos, pues, que el proceso de entrada de los aborígenes del Viejo Mundo a nuestro Continente americano es un proceso aún en marcha; todavía no ha terminado y este ejemplo de los esquimales es suficientemente claro para mostrar que su adaptación a las condiciones tan tremendamente penosas de su inhóspito medio ambiente es tan perfecta porque es muy antigua y ha podido producirse muy lentamente. De esta manera no sólo han podido vencer al mar helado, para pasar de una tierra continental a otra, sino que han inventado un medio de navegación tan perfecto como el *kayak*, embarcación prácticamente insumergible, con la que desafían brumas y tormentas en mar abierto. Y piénsese que, si la teoría de Sollas resulta valedera, se trata de una de las formas de humanidad más antiguas, puesto que se trataría entonces de relictos de uno de los primeros tipos de *Homo Sapiens* del Paleolítico, elevados por su propio y ultra secular esfuerzo a la categoría de una sociedad que hoy nos da un magnífico ejemplo de tesón, sacrificio, buen humor y pacifismo.

Todo esto no significa, desde luego, ignorar la existencia de otras muchas teorías acerca del origen de los esquimales. Este es enigma que (como muchos otros de la prehistoria) no se ha conseguido aun develar, de manera que la vieja teoría de Sollas, que antes he evocado, no tiene el valor de una verdad totalmente comprobada, sino la de una hipótesis de trabajo fecunda para explicarnos un fenómeno etnológico que también puede encararse de otras maneras.

Por el Estrecho de Behring, amplia puerta abierta por la Naturaleza, habrían entrado, según Hrdlicka, todos los diferentes *etnos* que existen en América. Para él, pues, sólo existiría aquí una raza única (y el *homo americanus* resurgiría). Toda la que llamamos “es-

cuela norteamericana'' de las *ciencias del hombre* (o por lo menos sus figuras más representativas) se ha alineado en tal sentido. Apoyando estos puntos de vista están Boas, Holmes, Wissler, Kroeber, Wilson y muchos otros, pues la tesis de la puerta única de entrada en América ha derivado a la formación de todo un sistema de ideas. No es extraño que así ocurra. En la parte septentrional de nuestra América se observa una mayor homogeneidad de los grupos raciales y los etnógrafos han podido estudiarlos en los Estados Unidos, por ejemplo, para destacar su unidad fundamental. Pruebas de ello serían, en el aspecto de la antropología física, la unidad de su pigmentación y de la contextura, forma y color de su cabello y otras características secundarias, reveladoras de su unidad sintomática.

Para la pigmentación, ya Hrdlicka demostró que la pretendida raza "roja" americana era, más bien, muy similar al fundamental color amarillo-pardusco de tantas tribus asiáticas mongolas, con los diversos matices cromáticos diferenciales que también a aquéllas las adornan. En lo que se refiere al cabello, la semejanza es tan grande que los asiáticos y los americanos poseen la misma clase de cabello leiótrico, uno de los tres tipos existentes en la Humanidad. También les unen los pómulos salientes, la aparente oblicuidad de los ojos (debida a la posición del lagrimal y a una mayor tensión de los músculos bridadores del ojo) y los incisivos en pala. Por ello Hrdlicka no vacila en juzgar como antepasados de los indígenas americanos a las tribus paleoasiáticas, más o menos influenciadas por cruzamientos mongoles. En cuanto a los esquimales su caso es aún más claro por ser más netamente mongoloides. En *THE RACE AND ANTIQUITY* establece la identidad del tipo físico amerindio con el de los pueblos asiáticos en un área que va de Siberia a la Malasia, pasando por Japón, China, Corea, Mongolia y el Tibet. Holmes ha buscado probar esa identidad con el apoyo de la fotografía en *ON THE RACE HISTORY* y Wissler en *ETHNOLOGICAL DIVERSITY IN AMÉRICA* considera que los aborígenes asiáticos y americanos tienen antepasados comunes.

Sin embargo es evidente que la "puerta grande" del Estrecho de Behring no basta para todo, así como no bastan los aportes de los pueblos costeros del oriente de Asia. El propio Hrdlicka ya admitía la influencia de pueblos insulares como los *Aino* de Formosa y los *Igorrote* de Filipinas. Pero la visión ha de extenderse hasta toda la inmensidad

ETNOLOGIA

líquida del Pacífico si quiere encarar una solución más completa del problema. La nariz pronunciada, la dolicocefalia y la estatura elevada de muchas tribus de nuestro continente no pueden atribuirse a una herencia palaeoasiática demasiado intensa ni a un tronco protomongol. Es en este punto en el que entra a tallar una nueva teoría, la que se funda en ideas de Paul Rivet, el más grande cultor actual de la Americanística.

Para Paul Rivet, si bien partiendo de la indiscutible entrada por el Estrecho, el problema de la diversidad somática de los pueblos primitivos de América y de sus sorprendentes y tan diversos modos de vida no puede en modo alguno limitarse a la famosa “puerta de entrada”. Para él debe añadirse a aquélla, que sirvió sin embargo para las oleadas masivas, el fenómeno más infrecuente pero también efectivo de una diáspora de polinésicos, melanésicos y micronésicos, por el camino del mar. Estos pueblos, desafiantes del Océano desde larga data y, algunos de ellos —los polinésicos, poseedores de ese extraordinario medio de transporte que es la canoa de balancín simple y de la de doble balancín, a los cuales un etnógrafo tan afamado como Birket-Smith considera como miembros extraviados de la raza blanca— serían los portadores de elementos de cultura cuyo hallazgo en América no podría explicarse sino por su incorporación a los usos y costumbres de ciertos *etnos* gracias a una trasculturación obtenida por los aportes de origen oceánico.

En un famoso estudio aparecido en 1924 en L'ANTHROPOLOGIE, Rivet nos ofrece una impresionante lista de más de ochenta de tales elementos de cultura, que pasan por todas las actividades del hombre y se elevan desde las técnicas manuales hasta las insignias del poder. Allí aparecen la técnica de agricultura con formación de terrazas; armas tan contundentes como la maza, anular o estrellada, o tan simples y directas como la tiradera o lanzadera de flechas, o tan sutil, silenciosa y letal como la cerbatana; tambores de señales; instrumentos musicales como el arco musical, la flauta de Pan, la trompeta hecha de valvas de moluscos y el tambor cilíndrico de membrana de piel; la preparación de género de corteza; el arco para proyectiles, la funda peniana, la práctica de la masticación para la fermentación de bebidas alcohólicas, cierta técnica especial para el teñido de fibras vegetales. Y además, ya en términos de vinculación más o menos estrecha con lo

espiritual, las cuerdas con nudos como medio de recordación (que tiene su espléndida culminación en los *kipux* peruanos, generadores de todo un sistema fiscal y de gobierno); el contrato primitivo llamado *potlach*, las máscaras rituales para las ceremonias mágicas de iniciación de los adolescentes, los bailes y fiestas de bebida; la amputación de las falanges en señal de duelo; la trepanación como operación mágica; la cadena isoglosemática formada por los *Toki* o *Tuki*, palabra que significa hacha de mando, con la que se designa estos objetos tanto en el Perú como en Oceanía, y que se complementa con *Tukikruk*, nombre que se daba al portador del Toki en el antiguo Imperio del Tahuantisuyo.

Y conste que no se trata de un caso aislado de asociación de la palabra y el instrumento. Ya sabemos del dominio de Rivet en el campo de la lingüística aborígen americana. No debe extrañarnos, pues, que una de las originalidades de su demostración repose, efectivamente, en el campo de la filología. Con las lenguas insulares y malayas, Rivet organiza el grupo malayo-polinésico, constituídos por *etnos* indonesios, malayos y melanésicos y polinésicos, que si bien antropológicamente diferentes él encuentra que están lingüísticamente emparentados. Comparando ese grupo lingüístico del sudeste asiático con el grupo denominado *Hoca* de la costa pacífica de América del Norte (cuyo ámbito abarca desde Oregón hasta el istmo de Tehuantepec, quizá hasta Nicaragua, si se acepta la anulación de un pequeño *hiatus*), el Dr. Rivet ha podido anotar más de 280 concordancias de raíces lingüísticas, lo que supone la existencia de una gran cantidad de vocablos iguales sumamente semejantes para la designación de los mismos hechos o cosas.

Hay, sin embargo, algunos escollos para la completa aceptación de su tesis. Contrasta, por ejemplo, que los elementos de cultura antes recordados estén repartidos por América, en tanto que las concordancias lingüísticas sólo se acusen claramente para una limitación del trecho litoral del pacífico septentrional de América. Pero no olvidemos que el propio fundador y actual director honorario del MUSÉE DE L'HOMME, ha señalado la presencia de elementos australianos (o mejor dicho australoides, como prefiere denominarlos más precisamente Imbelloni) y que ya desde 1907 el gran filólogo y glotólogo Trombetti había podido señalar nexos evidentes entre las lenguas *Tschón*

ETNOLOGIA

de Patagonia y Tierra del Fuego y las australianas. Y Rivet había insistido en ello anotando cerca de cien concordancias lexicográficas.

Sentado esto, otro resultaba ser el punto débil: el camino para alcanzar la tierra firme del continente americano. En efecto, los australoides no conocieron (a diferencia de los polinesios) una navegación de altura; sus embarcaciones eran pobres y absolutamente inadecuadas para adentrarse mar afuera. De allí que surgieran diferentes hipótesis auxiliares: la de Mauss, que imaginó que los australoides llegaron como tripulantes o esclavos a la costa americana, a bordo de embarcaciones polinésicas y la de Mendes-Correa, que ha imaginado un camino semiterrestre, descendiendo de Australia —por Tasmania, isla Macquarie, la Antártida, las islas Shetland del Sur— a Tierra del Fuego, viaje que parece imposible en un planisferio por la proyección plana, pero que se advierte mucho más corto y hacedero en un globo terráqueo y podría ser realizable si se admite que durante el Cuaternario las condiciones de vida en el casquete polar austral hubiesen sido mucho más benignas y aptas al hombre por razones climáticas. Algunos datos de flora y fauna fósiles, recogidos en exploraciones polares parecerían indicar la verosimilitud de esos cambios climáticos.

De ahí, pues, que Rivet, al enumerar los diversos elementos pobláticos del Continente americano, ponga entre las poblaciones más antiguas de América un elemento australoide, luego a las dispersivas salpicaduras de las expediciones oceánicas del mundo malayo-polinésico-melanésico, después de varias oleadas de los elementos asiático-orientales y finalmente a los esquimales, que aún —con su grupo *Yuit*— se encuentran en el extremo noroeste de Siberia.

Contra estas teorías del poblamiento de América desde afuera se han levantado autorizadas voces que proclamaban el autoctonismo del hombre americano, entre ellas la de nuestro grande Ameghino. No vamos a desarrollar sus teorías, que en la época actual sólo tienen un valor histórico. Como lo tengo dicho en mi biografía de ese sabio ejemplar, así como en mi VALORACIÓN ACTUAL de su obra, publicada con motivo del cincuentenario de su muerte, el *philum* que él atribuye al Hombre nos parece hoy pueril a la luz de los datos que conocemos. Pero si su construcción dialéctica ha sido debilitada por el tiempo, queda en pie, para su grandeza (aparte de su extraordinaria e inigualada labor de paleontólogo) su acción como introductor del evo-

lucionismo en las ciencias naturales en la Argentina y su intuición de la existencia en América, en épocas geológicas, de hombres primitivos, hasta entonces negados por la ciencia de su tiempo. Sus hipotéticos eslabones, a partir de los hominidos fósiles, el *tetraprothomo*, el *triprothomo*, el *diprothomo*, el *prothomo*, son resultado de restos mal interpretados o de meras construcciones del espíritu, pero su idea genial de la existencia geológica del Hombre paleolítico americano es cosa que obtiene cada vez mayores pruebas en su apoyo. El mismo bautizó a ese hombre como *Homo pampaeus* y nuevas ratificaciones de su existencia nos han dado, después de su muerte, antropólogos argentinos.

No otra cosa parece ser, además, ese tipo primitivo de hombre hipsidolicocéfalo cameprósopo que de Quatrefages bautizó con el nombre de *Hombre de Lagoa Santa*, descubierto por Lund en una caverna de orillas del lago Somidouro, en el Brasil, hace poco más de un siglo, y cuya extensión ocupa un área tan grande en los estratos aurales de América, pues Ten Kate señaló su presencia en la península de la Baja California, Rivet en el Ecuador, los antropólogos brasileños en los *sambaquis* de la costa, Ameghino en las pampas argentinas y Verneau en la Patagonia.

¿Será, acaso, el “Homo pampaeus” el *Homo americanus* que se busca? Posiblemente no, pero no hay duda de que significa un largo momento en la vida evolutiva del hombre primitivo de América. Los recientes hallazgos de antiguos niveles precerámicos, asociados o no a la fauna fósil, de Helmut de Terra en México, Dupouy en Venezuela, Tschopik en el Perú, Ibarra Grasso en Bolivia, y Menghin y González en Argentina, lo confirman.

Vemos, pues, qué difícil de lograr es la fijación de una unidad racial, o meramente cultural, en el amplio campo de las tres Américas. Si la prehistoria se ha encargado de destruir en sus raíces el mito de la pureza racial o antropológica; si la muerte del P. Schmidt parece amenazar con grandes modificaciones en la estructura misma de la doctrina asentada por él sobre las áreas y los ciclos culturales; si a la relativa homogeneidad con que se presentan los aspectos típicos de las etapas culturales en América del Norte puede oponerse el entreveramiento teóricamente caótico con que suelen presentarse muchas veces en América del Sur, que suele dar por tierra con los más básicos e inmu-

ETNOLOGIA

tables conceptos de la llamada escuela histórico-cultural; si todo ocurre, pues, en algunas partes del Nuevo Mundo como para que no podamos acomodar la realidad a las nociones sabias y tesoneramente elaboradas por los estudiosos para el Viejo Mundo, ¿cómo podremos concluir en la existencia de una unidad que se nos esfuma y más contradictoriamente se nos presenta cuanto más resueltamente queremos aprehenderla?

Pero, ¿es que podríamos hablar de una unidad etnográfica de América cuando ni siquiera podemos estudiar con los mismos instrumentos de observación a todos los sectores de nuestro inmenso Continente? América es bifronte. Uno de sus rostros, el que mira al Pacífico apoya su torso inmenso sobre el sitio rocoso de los Andes. En este largo espacio se asientan lo que Graebner ha llamado, insustituiblemente, la “cadena de las altas culturas”, cuyo estudio queda reservado de manera especial al arqueólogo. El otro rostro, tintado de un verde vegetal, asoma al Atlántico y cubre con su siempre renacido follaje el enorme misterio de la cuenca amazónica. En toda esa cuenca el arqueólogo cede el paso al etnógrafo, que debe trabajar con una realidad aún viva y palpitante. En las altas culturas asoman junto a magníficas obras de la cultura material y a fuertes concepciones estatales, como el Imperio del Tahuantisuyo o los reinos que él devoró, o como los reinados del *Zipa* y del *Zaque* colombianos, nociones de antropofagia ritual o de crueldad demoníaca contra esclavos y prisioneros indefensos, que horrorizan a nuestra sensibilidad actual y que nuestra razón rechaza (al menos en tanto no llega a comprender, con antropológica amplitud, los extraños móviles mágico-religiosos que les sustentan).

Frente a esas altas culturas sedentarias podríamos oponer a las bandas nómadas de cazadores y recolectores, que erran por vastos territorios. Pero este cuadro de oposiciones sumarias, de gruesas tintas planas y sin matiz, estaría muy lejos de la realidad. Por el contrario, debemos razonar muy sutilmente. Admitir que el progreso no se verifica en todos los campos de la actividad del hombre en estado de naturaleza, como tampoco ocurre en todos los de la vida de nuestras sociedades pretendidamente “civilizadas”. Aceptar que, como sucede en Tahuantisuyo, un gran avance de la organización estatal puede limitar el desarrollo de aquellas artes manuales de más libre y delicada

inspiración, como la cerámica, y que la presión excesiva del Estado puede desembocar en la mecánica estereotipada construcción de un instrumental meramente utilitario. Que, entre la alta agricultura con rotación de tierras, formación de terrazas de cultivo, herramientas diversificadas, abono e irrigación artificial y la mera recolección, caben dos o tres fases intermedias, representada por la etapa de los “andenes” sin irrigación y las palas planas de nuestro N. O.; lo que Ehrenreich ha denominado la “agricultura con azada” del Orinoco; los ensayos de agricultura aún más rudimentaria, a base del bastón con punta aguzada del Perú oriental, y, finalmente, las recolecciones más o menos diversificadas. Lo mismo puede decirse en todo el resto de las actividades.

Además, a cada paso el hombre primitivo toma contacto con los agregados sociales de otras tribus y de estos contactos nacen trasculturas que pueden llegar a ser permanentes, pese al notable conservatismo indígena. Cuanto más de cerca conocemos a cada tribu, a cada *etno*, mejor advertimos cómo debemos de matizar nuestro juicio acerca de su verdadera posición cultural, que difícil es saber, en muchos casos, cuál es su patrimonio originario y qué elementos culturales han sido más tardíamente recibidos como aporte foráneo.

Otras veces, en cambio, el obstáculo a la comprensión y a la elaboración de clasificaciones etnológicas generales deriva de las oposiciones irreductibles de usos y costumbres que advertimos en pueblos muy próximos. Por ejemplo, en ese microcosmos que es el Perú oriental, tan poco conocido frente a las otras dos regiones naturales del Perú, la gran casa comunal de los *Huitoto* avecina bastante a la privada de otros *etnos*, como los *Machigüenga*: la cerbatana se hiergue frente a la tiradera; el arco y la flecha enfrentan al dardo cerbatanero. De esta manera, tribus minúsculas hoy, y nunca demasiado numerosas ni aun en época de la Conquista, mantienen sus modos de vida ancestrales a favor de la selva amiga, de la selva acogedora, impenetrable tanto para el indio de la montaña o del llano como para el blanco dominador. El río es camino, la montaña no es obstáculo; sólo la selva sobrecoge y detiene.

A todo ello debe agregarse, todavía, las dificultades de los idiomas que impiden aproximarnos a la unidad en cuya busca vamos. Ocurre que si nos trazamos un mapa arqueológico de América, sus lí-

ETNOLOGIA

neas separadoras de áreas no coincidirán con las de otro que señale las de los grupos etnográficos, ni —por fin— con un tercero que intente trazar la repartición lingüística del territorio.

En la Revista CIENCIA E INVESTIGACIÓN (T. XII, Nº 2, pág. 70, febrero de 1956) esboqué —en honor de un precursor argentino de estos estudios, el ilustre general Mitre— un cuadro de las clasificaciones lingüísticas americanas. No he de repetirlo aquí, pero, en cambio, deseo subrayar que ya en 1891, Brinton en su *THE AMERICAN RACE* señalaba la existencia de cerca de 60 “stocks”, en tanto en 1907 Chamberlain nos habla de 83 lenguas primitivas sudamericanas. Saltando por encima de datos que no hacen a nuestro objeto, llegamos, en 1924, a la clasificación de Rivet, con 77 familias lingüísticas y más de mil dialectos para Sud América. No debe extrañarnos si este elevado número de dialectos sudamericanos conocidos ha tendido a aumentar en años subsiguientes. Es que entre los grupos lingüísticos de ambas Américas se ha producido un fenómeno de oposición (congruente con el diferente grado de su homogeneidad etnográfica antes señalado): en tanto que los dialectos de América del Norte pueden reducirse a seis grupos principales, los de América del Sur resisten a toda organización tan restringida y, por el contrario, se mantienen rigurosamente aislados en gran número, como puede observarse en todos los últimos intentos clasificatorios y, en especial, en el de Alden Mason, en 1950. Por eso puede él escribir, para esa fecha: “América, y especialmente Sur América, es probablemente la región de más grande diversidad lingüística en el mundo, y de la más grande ignorancia en materia de lenguas nativas”.

La inmensa variedad de sus lenguas puede sorprendernos si partimos de la base de que los invasores del Viejo Mundo traían un solo idioma, pero no si —como vimos antes— podemos partir de la idea de que su diversificación de puntos de partida, de grupos etnográficos y de vías de penetración permiten presuponer que muchos de ellos hablaban lenguas distintas desde antes de su entrada en nuestro Continente. Esta es una mera inferencia lógica, pues de aquellas hablas nada sabemos. Pero todas las lenguas que corrientemente llamamos “primitivas” tienen ya una complejidad de estructura que se hace necesario que les concedamos un largo desarrollo previo, lo que ciertamente es otro argumento a favor de la idea de que en muchos casos la

diferenciación actual tuvo sus orígenes en los tiempos remotos en que sus *etnos* portadores habitaban fuera de América.

De cualquier modo que se encare, pues, convendría que los sociólogos que suelen llenarse la boca con América como tierra nueva, recuerden alguna vez que, lejos de ello, el llamado Nuevo Mundo es una tierra viejísima, provista de una larga, abigarrada y muy matizada historia (o, más propiamente, pre y proto historia) y que muchas de sus características actuales sólo pueden explicarse en función de esa existencia desconocida pero real, especie de vida larvada o fetal, que fué su vida anterior a que Europa supiera de su existencia. Más aún, que en la mayor parte de América sólo hay una frágil costra superficial, con actuación a cargo de la cultura blanca occidental, débilmente prendida sobre una realidad cultural muy distinta, insobornable y básica, representada por los ancestrales usos aborígenes; que la minoría blanca que detenta el poder en esos países debe obstinarse en reincorporar muchos de esos usos, conceptos e ideas a la vida de sus languidecientes repúblicas, para legitimar su situación y resultar verdaderamente representativos y no reaccionarios de esa realidad subyacente; que sólo incorporando de verdad a todas las corrientes sanguíneas que forman cada Nación —como lo ha realizado México, que es en este sentido, profundamente social, avanzada en el Continente— podrán revitalizar sus fuerzas vivas, galvanizar a las grandes masas indias e interesarlas en el adelanto y el progreso de las patrias respectivas; que de otro modo gran parte de América seguirá en el marasmo, la ignorancia, el abandono y la inercia, y que llamar a esas grandes masas humanas a la parte que les corresponde en la acción social, con la concesión gradual del *status* económico, político y social que por su historia pretérita, por su fuerza potencial, su papel posible en un completo panorama vital y sus posibilidades futuras les compete, puede ser el gran programa de acción de una América verdaderamente nueva.